

# DON ANTONIO BALLESTEROS, EJEMPLO DE UNIVERSITARIOS

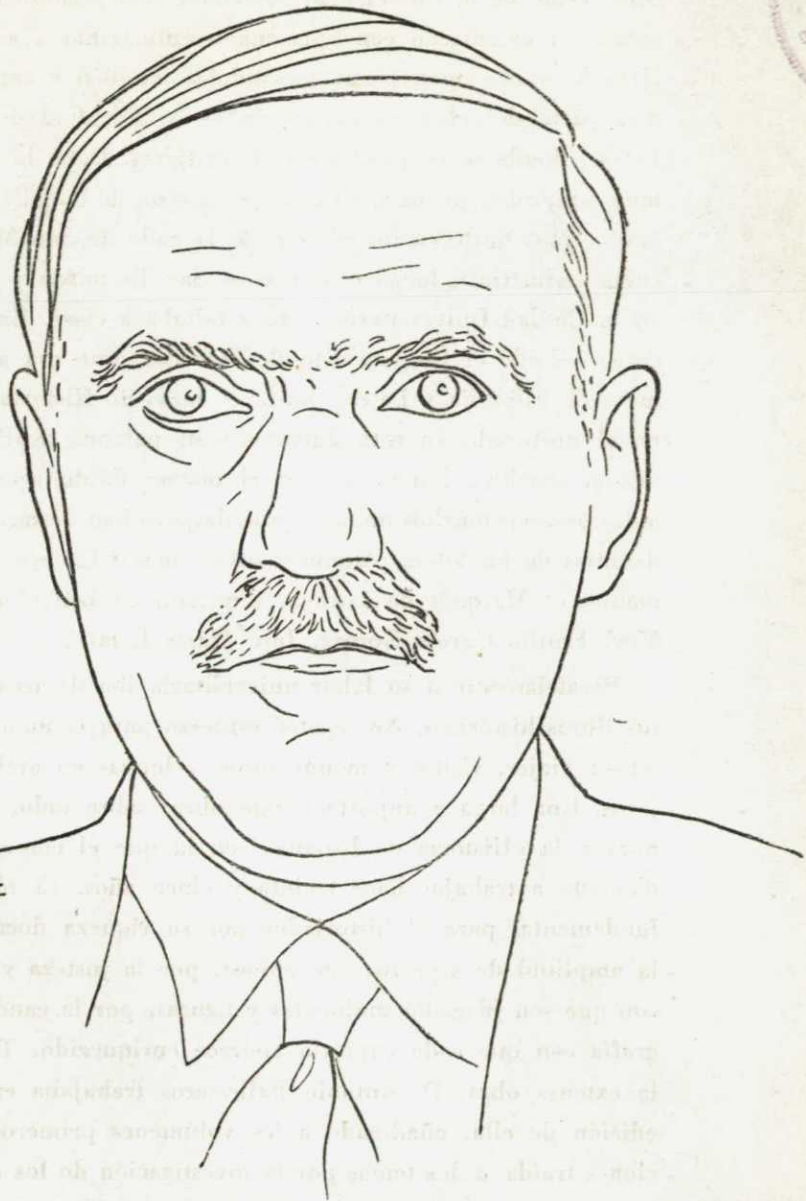
**E**RA D. Antonio Ballesteros un valor representativo de toda una generación española. Se juntaban en él la capacidad de trabajo, la inteligencia poderosa, la ilusión para el esfuerzo, para un esfuerzo que en él no se hacía agotamiento, sino que se renovaba continuamente en ambiciosos afanes creadores. Deja, tras de su paso por la vida, una doble obra, igualmente admirable: la de sus libros, monumental creación para la historia española, y la de los historiadores que a su sombra, bajo su ejemplo, se formaron. Unos y otros, hombres y volúmenes, constituyen el gran testimonio de la extraordinaria valía de D. Antonio Ballesteros, cuya figura se enlaza a la mejor tradición de nuestra historiografía.

Destacaba en él, en primer término, la profundidad de conocimientos, adquiridos siempre de primera mano, en fuentes originales, en infatigable rebusca por archivos y bibliotecas. Su extenso saber era después canalizado por el ilustre catedrático—en el libro, en la conferencia, en el aula—en palabras caracterizadas

siempre por una sencillez y una diafanidad absolutas. Estaban ausentes de esa palabra suya el énfasis y la pedantería, la recargada exposición. A la buena manera clásica, la sencillez era su masa. Rigor en el método, orden, claridad. Los que fueron sus discípulos, los que fueron y son sus lectores, saben bien la excelencia de estas virtudes expositivas con que Ballesteros perfilaba una figura, un ambiente o un problema históricos.

Hacer discípulos, crear en éstos una conciencia de continuidad, es lo que mejor define a un profesor, lo que da a su tarea plenitud de rango. D. Antonio Ballesteros supo crear discípulos, despertar en éstos un espíritu de continuidad de aquellas enseñanzas que en el aula ellos recibían. En sus varias cátedras —Historia Universal Antigua y Media, Historia de España, Historia de América— iniciaron su formación muchas figuras que después han alcanzado renombre en el profesorado español. «Casi todos los catedráticos de la joven Universidad española —ha escrito Cayetano Alcázar, el actual Director de Enseñanza Universitaria— habían sido sus discípulos. Todos le debían algo: de su ejemplo, de su tenacidad, de su consejo, de su aliento.»

Había nacido en Roma, en 1880. Ha muerto en Pamplona, en 1949. Entre las dos fechas, el arco de su vida aparece siempre tenso por una indomable voluntad de trabajo. Estudia en el Colegio de Jesuitas de Chamartín de la Rosa, más tarde en Oñate y Deusto. Se licencia en Derecho y se doctora en Filosofía y Letras. A los veintiséis años gana su primera cátedra: la de Historia Universal Moderna y Contemporánea, de la Universidad de Sevilla. Se inicia allí, en la ciudad andaluza, la ferviente vocación americanista del profesor, la que después le ha de llevar a ser entre nosotros la máxima autoridad en tal especialidad histórica. Horas y horas entre los legajos del Archivo de Indias le conducen por aquel camino de especialización, del que ya nunca ha de apartarse. Nace entonces, en el contacto directo con la ciudad, su gran amor a Sevilla, que también ha de proyectarse en su labor: el estudio que dedicó a la vida de aquella ciudad en el siglo XIII es uno de los más fundamentales en toda su obra de historiador.



J. BERNAL

D. ANTONIO BALLESTEROS

Fué continua su aportación a las tareas universitarias. Mientras otros veían en la Universidad solamente una plataforma o una vanidad, él se entregó con apasionado entusiasmo a aquella labor. Hizo de nuevo oposiciones, ganándolas también y entrando a formar parte del claustro madrileño de la Facultad de Filosofía y Letras, donde desempeñó cátedras distintas. Daba la clase a hora muy temprana, primero en el viejo caserón de la calle de San Bernardo, más tarde en un edificio de la calle de San Mateo (la Escuela Industrial), luego otra vez en San Bernardo y últimamente en la Ciudad Universitaria. Nunca faltaba a clase. En uno u otro curso —desde el preparatorio de Derecho, que era a la vez primero de Filosofía y Letras, hasta el curso de Historia de América en el doctorado en esta Facultad— su palabra explicaba con la misma sencillez luminosa, con el mismo flúido acento. Por sus aulas pasaron muchos nombres que después han destacado en ramas distintas de las letras. Alumnos suyos fueron Ciriaco Pérez Bustamante, el Marqués de Lozoya, Cayetano Alcázar, Carmelo Viñas Mey, Emilio García Gómez, José María Igual...

Paralelamente a su labor universitaria iba desarrollando la de sus libros históricos. No regateó esfuerzo para la mejor calidad de éstos: viajes, visitas a monumentos, rebuscas en archivos extranjeros. Una larga e importantísima obra, sobre todo, absorbió sus horas: la «Historia de España», en la que él comenzó ilusionadamente a trabajar hace treinta y cinco años. Es obra de valor fundamental para el historiador por su riqueza documental, por la amplitud de aspectos que enfoca, por la justeza y la precisión con que son juzgados ambientes y figuras, por la caudalosa bibliografía con que cada capítulo aparece enriquecido. Terminada ya la extensa obra, D. Antonio Ballesteros trabajaba en una nueva edición de ella, añadiendo a los volúmenes primeros las aportaciones traídas a los temas por la investigación de los años últimos.

Otra ardiente ilusión suya fué la de escribir una amplia «Historia de América», para que cuajase así, de definitivo modo, aquella vocación americanista que despertó ante el prodigioso mundo que duerme en los legajos del Archivo de Indias. Varios colabo-

radores le ayudaban en esta tarea gigantesca. La obra ha quedado sin concluir. De ella formaban parte los tomos dedicados a Cristóbal Colón, publicados ya, y en los cuales el extenso saber y la agudeza crítica de D. Antonio Ballesteros se mostraban, una vez más, magníficamente.

Además de estas dos obras fundamentales —la «Historia de España», acabada, y la «Historia de América», iniciada nada más, y que aspiraba a tener veintitrés volúmenes—, dejó D. Antonio Ballesteros una larga serie de obras. Había trabajado últimamente en dos grandes libros, sobre Fernando III y Alfonso X, que habían sido premiados en importantes certámenes históricos de Sevilla y de Murcia. Otros libros, estudios y conferencias, completan la gigantesca labor de este trabajador admirable, que mereció muchas recompensas y alcanzó glorias y títulos que aisladamente enorgullecerían a cualquiera. Fué, así, académico de la Historia, bibliotecario perpetuo de ella, correspondiente de muchas Corporaciones extranjeras, director del Instituto Fernández de Oviedo, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas... Fué un trabajador inagotable y un apasionado español. Y, humanamente, un espíritu lleno de fluidez, sencillez y cordialidad. Las tertulias en su residencia de la Academia de la Historia, en la calle del León, eran exponente de amenidad, de simpatía, de erudición graciosa y viva. A ellas acudían muchos nombres ilustres de nuestras letras y de nuestra investigación.

En la primavera última se sintió enfermo. La dolencia se le mostró de pronto, en la Universidad, y hubo de ser llevado a casa. Quedó interrumpido el curso. Pareció mejorar. Marchó a Pamplona, en cuyos archivos trabajaba en los veranos. Le llegó allí la muerte, mientras él soñaba en nuevas tareas para cuando el peligro se alejase. La historia de España ha perdido con él su mejor figura de hoy.